



*Colección:* **SANTOS Y BEATOS**

- © Editrice Shalom s.r.l. - 09.4.2023 El Domingo de Pascua  
© Libreria Editrice Vaticana (textos de los Sumos Pontífices)  
© Textos bíblicos: Versión oficial de la CEE (Conferencia Episcopal Española)

ISBN **978 88 8404 790 8**



**SHALOM**  
editrice

Via Galvani, 1  
60020 Camerata Picena (AN) - Italy

**Para pedir este libro indíquese el código 8088:**

**[www.editriceshalom.it](http://www.editriceshalom.it)**  
**[ordina@editriceshalom.it](mailto:ordina@editriceshalom.it)**

**Tel. 0039 (0)71 74 50 440**

de lunes a viernes, desde las 9:00 hasta las 19:00

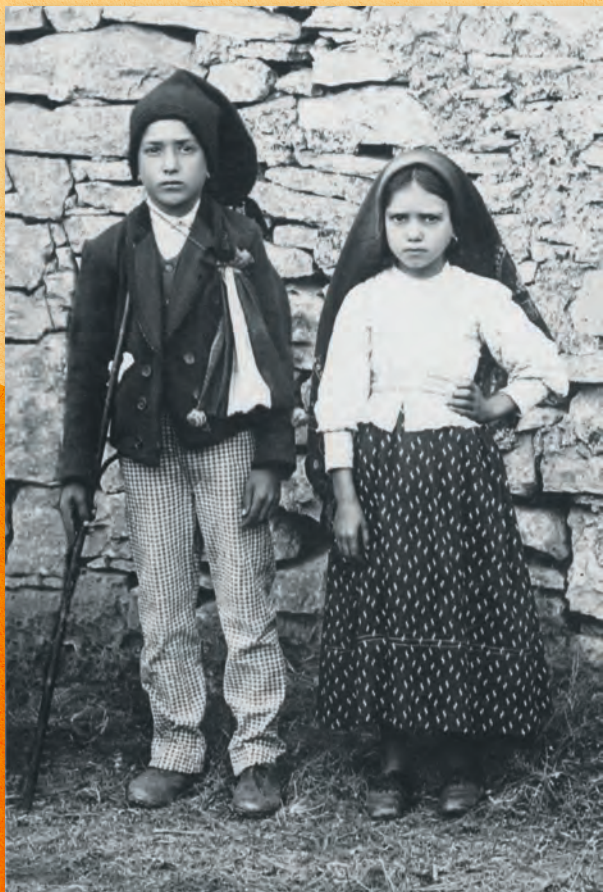
**Whatsapp 36 66 06 16 00** (solo mensajes)

**Fax 0039 (0)71 74 50 140**

a cualquier hora del día y de la noche

# ÍNDICE

Introducción.....	5
Perfil biográfico de Francisco y Jacinta.....	21
Francisco y Jacinta en los recuerdos de sor Lucía.....	31
Novena a los santos Francisco y Jacinta Marto.....	63
Letanías a los santos Francisco y Jacinta Marto .....	79
Oraciones.....	85
Puntos de meditación.....	103



# INTRODUCCIÓN

## **Que Francisco y Jacinta sean una luz amiga**

«Yo te bendigo, Padre, (...) porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños» (*Mt* 11,25).

Con estas palabras Jesús alaba los designios del Padre celestial; sabe que nadie puede ir a él si el Padre no lo atrae (*cf.* *Jn* 6,44), por eso alaba este designio y lo acepta filialmente: «Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito» (*Mt* 11,26). Has querido abrir el Reino a los pequeños.

Por designio divino, «una mujer vestida del sol» (*Ap* 12,1) vino del cielo a esta tierra en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre. Les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, mostrándose dispuesta a guiarlos con seguridad hasta Dios. Entonces, de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, y se sintieron sumergidos en Dios, como cuando una persona –explican ellos– se contempla

en un espejo. Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, explicaba: «Estábamos ardiendo en esa luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no puede decirlo». Dios: una luz que arde, pero no quema. Moisés tuvo esa misma sensación cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de él: «Yo estaré contigo» (*cf.* Ex 3,2-12). Cuantos acogen esta presencia se convierten en morada y, por consiguiente, en «zarza ardiente» del Altísimo.

Lo que más impresionaba y absorbía al beato Francisco era Dios en esa luz inmensa que había penetrado en lo más íntimo de los tres. Además solo a él Dios se dio a conocer «muy triste», como decía. Una noche, su padre lo oyó sollozar y le preguntó por qué lloraba; el hijo le respondió: «Pensaba en Jesús, que está muy triste a causa de los pecados que se cometen contra él». Vive movido por el único deseo —que expresa muy bien el modo de pensar de los niños— de «consolar y dar alegría a Jesús».

En su vida se produce una transformación que podríamos llamar radical; una transformación ciertamente no común en los niños de su edad. Se entrega a una vida espiritual intensa, que se traduce en una oración asidua y ferviente y llega a una verdadera forma de unión mística con el Señor. Esto mismo lo lleva a una progresiva purificación del espíritu, a través de la renuncia a los propios gustos e incluso a los juegos inocentes de los niños.

Soportó los grandes sufrimientos de la enfermedad que le llevaron a la muerte, sin quejarse nunca. Todo le parecía poco para consolar a Jesús; murió con una sonrisa en los labios. En el pequeño Francisco era grande el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, esforzándose por ser bueno y ofreciendo sacrificios y oraciones. Y Jacinta, su hermana, casi dos años menor que él, vivía animada por los mismos sentimientos.

«Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón» (*Ap* 12,3). Estas palabras nos hacen pensar en la gran lucha que se libra entre el bien y el mal, pudiendo constatar cómo el hombre,

al alejarse de Dios, no puede hallar la felicidad, sino que acaba por destruirse a sí mismo.

¡Cuántas víctimas durante el último siglo del segundo milenio! Vienen a la memoria los horrores de las dos guerras mundiales y de otras muchas en diversas partes del mundo, los campos de concentración y exterminio, los gulag, las limpiezas étnicas y las persecuciones, el terrorismo, los secuestros de personas, la droga, los atentados contra los hijos por nacer y contra la familia.

El mensaje de Fátima es una llamada a la conversión, alertando a la humanidad para que no siga el juego del «dragón», que, con su «cola arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra» (*cf.* *Ap* 12,4). La meta última del hombre es el cielo, su verdadera casa, donde el Padre celestial, con su amor misericordioso, espera a todos.

Dios quiere que nadie se pierda; por eso, hace dos mil años, envió a la tierra a su Hijo, «a buscar y salvar lo que estaba perdido» (*Lc* 19,10). Él nos ha salvado con su muerte en la cruz. ¡Que nadie haga vana esa cruz! Jesús mu-



rió y resucitó para ser «el primogénito entre muchos hermanos» (*Rom 8,29*).

Con su solicitud materna, la santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que «no ofendieran más a Dios, nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido». Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos: «Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas».

La pequeña Jacinta sintió y vivió como suya esta aflicción de la Virgen, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día –cuando tanto ella como Francisco ya habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama– la Virgen María fue a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: «Nuestra Señora vino a vernos, y dijo que muy pronto volvería a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. Y a mí me preguntó si aún quería convertir a más pecadores. Le dije que sí». Y, al acercarse el momento de la muerte de Fran-